

Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

NUESTROS ESCRITORES, POR ESCALER



EDUARDO BUSTILLO



De hoy más, poner una pica en París será más difícil que poner una pica en Flandes.

Porque ya sabrán ustedes que la prefectura de la capital de Francia ha prohibido la suerte de varas en el redondel, dejando, con esta nueva mutilación, á la fiesta taurina en tan ridículo estado, que ya no la conoce ni el Montes que la parió.

Y no quiere decir esto que el arte del toreo sea parto de ninguna clase de Montes.

Lo que hay es que los franceses, á quienes los dedos se les antojan huéspedes—huéspedes del lado de allá de los Vosgos—habrán recordado en los varilargueros españoles á los famosos «hulanos de la muerte», con aquellas temibles lanzas en cuyas moharras plugo á Bismark poner otras tantas puyas de primavera.

Por fortuna, nuestros vecinos, que quieren por miramientos pueriles desacreditar nuestra clásica fiesta, no han de conseguir su propósito.

¿Creen que un espectáculo tan grande se achica por suprimirle unas cuantas varas?

Seguro estoy de que á estas horas ya está el Prefecto más que arrepentido de su medida métrica decimal; es decir, medida contraria á las varas.

Verdad es que los aficionados de París por poco le hacen cantar la palinodia la otra tarde.

En efecto, al enterarse el público de que por orden superior no salían los picadores á la plaza, empezó á gritar furiosamente:

—¡Des chevaux! ¡des chevaux!

Y la autoridad, que en aquel atronador vocerío no sabía distinguir si decían *chevaux* ó *chevaux*, debió de exclamar, entre dudosa y desconcertada:

—¿Es que piden caballos ó que quieren tomarme el pelo?

A buen seguro que si el señor Prefecto se hubiera echado al ruedo para restablecer la tranquilidad, hubiera tenido una ovación propia de las circunstancias.

No ovación de puros.

Sino de tabaco *picado*; como quien dice á la autoridad gubernativa:

—¡Aún hay quien pica, Veremundo!

Aconsejo al Prefecto en cuestión que admita sin vacilar á los picadores, si no quiere perder los estribos.

Porque los estribos de picador con dificultad se pierden.

Y entre tanto, gritemos ante el pasado escándalo de la plaza Pergolesse:

—Sombras del Charpa y de Francisco Sevilla ¡estais vengadas!

Y recordemos que no será la primera vez que

nuestros picadores vencen á los franceses, picadores ó no.

Pensemos en aquellos exóticos y valientes escuadrones de piqueros andaluces, que se formaron en España antes de la batalla de Bailén.

..

Si, según cuentan, los demonios que cercaban al infeliz Carlos II lograron al fin entrar en el cuerpo del último monarca tudesco, colándose de rondón en una taza de exquisito soconusco destinado al estómago real, así también la consabida huelga, que durante un año ha sido el manjar cotidiano de nuestro espíritu y que hemos apurado con toda clase de salsas, condimentos y rebozaduras, se presenta ahora ante nuestros ojos muy rebañada en humeante chocolate, á guisa de mojiçón auténtico ó de picatoste bien refrito.

Los operarios de no sé que fábrica de chocolate son los huelguistas de tanda en Barcelona.

Se trata, pues, de una huelga elaborada á brazo.

Y puede juzgarse de su gravedad, pensando que en una huelga de chocolateros debe de tomar parte la espuma de la canela.

—¡Cielos!—decía un burgués la otra tarde—esto me prueba que los huelguistas quieren darnos jicarazo.

—Estamos seguros—exclamaba otro caballero—de que la nueva huelga está sostenida por una comunidad religiosa.

—Entendido—añadió un lector de *El Resumen*, con sus puntas y ribetes de jansenista—ahí anda la mano oculta de la Compañía de Jesús.

—¡Cá!—dijo otro—el dinero sale del clero carlista; eso está más claro que la luz.

—Pues, no señor—concluyó el primero volviendo á hacer uso de la palabra—la huelga de los chocolateros está dirigida por los Padres Benedictinos.

En cuanto se note la carestía de esa mezcla pastosa de cacao, azúcar y canela ¿qué vá á ser de muchas casas en donde la toma del *agasajo* está á la orden del día como á principios de siglo?

—¿Sabes que no se encuentra chocolate en ninguna tienda?—dirá su cara mitad á un pacífico padre de familia.

—¿Y ahora te desayunas?—responderá éste.

—Pues eso es lo malo:—añadirá ella—que no he podido desayunarme.

Supongo que la huelga en cuestión no habrá de alterar la fecha en que ha de levantarse el estado de sitio.

—Siquiera acabe pronto la cuestión de los molenderos de chocolate—exclamaba una buena mujer.

—¡Ojalá no lleguen á sacar las *chocolateras*—añadió otra, pensando en las piezas de artillería!

Es de esperar que tales deseos se cumplan, dado el celo, y actividad y prudencia ya probados en el marqués de Peñaplata, en el Sr. Maciá y Bonaplata y demás autoridades metalúrgicas.

..

Teníamos la resignación suficiente para ver que el dinero invertido en pagar nuestra policía judicial era dinero tirado á la calle, en vista de los pocos resultados que han dado siempre sus investigaciones, sea por su mala organización ó por otras causas.

Pero cuando vemos que los polizontes de España son perros falderos para los criminales de la nación y verdaderos sabuesos para los de fuera, por un lado nos enorgullecemos y pensamos, por otro, en que somos unos *primos* muy grandes.

El francés Eyraud, á quien los emisarios franceses han buscado por Europa y América con la ciega fé y la escasa esperanza de quien busca una aguja en un pajar, ha caído en manos de nuestra policía allá en la Habana.

La verdad es que un prófugo que en nada confía más que en su ingenio ¿qué ha de hacer con este, precisamente en el país de los *ingenios*?

El inglés Pigott, uno de los herótes de ese inmoralísimo comercio que llaman *chantage* los franceses, tras de ser activa é infructuosamente perseguido por la policía de su país, cayó el año pasado, aunque

muerto ya, en poder de los guardias madrileños. ¡Y aún dirán de nosotros las naciones extranjeras!

Ahora me explico por qué el Ayuntamiento de Brrcelona hizo aprender francés á los municipales.

Así estarán, perfectamente aleccionados é instruidos, al servicio único y constante de los extranjeros.

--Oiga, niño-- habrá dicho alguna habanera, al tener noticia de la prisión de Eyraud-- ¿le veremos dar garrote?

--Ni pensarlo, niña; se lo llevan á París de Francia y le guillotinan allí.

--¡Ay, qué *pendejos*! Pues ya puede pagarnos el Consúl el pasaje y llevarnos una hamaca y dos negritos pá ver la función con toa comodidá.

LUIS ROYO VILLANOVA.

DRAMA REALISTA.

--«Pudiera escribirse, pero no agradaría. Aunque eso que hemos dado en llamar *realismo* en el teatro (y que á semejanza del federalismo en la política, nadie ha definido bien todavía), disculpa ciertas monstruosidades que antes no eran admisibles sobre la escena, este drama no sería aplaudido...»

Así hablábamos hace años en un círculo de literatos.

Y uno de ellos, que acababa de llegar, preguntaba:

--¿Pero qué drama es ese tan terrible?

--Es un drama *ultra-tumba*.

--Ahora lo entiendo menos.

--Lo contaré de nuevo.

--Oigamos.

II.

Era un matrimonio modelo. La mujer buena, bonita y barata; quiero decir, una mujer de esas que convierten las pesetas en duros. No llegaba á tres mil reales el ingreso mensual de aquella feliz pareja; él era de vuelo bajo, porque no había llegado á la categoría de *alto funcionario*. Veinticuatro mil reales y la amistad de los jefes.

Ella tenía una pensioncita que le dejó su padre al morir, de seis mil y pico de reales pagaderos por trimestres.

Pero esto que hubiera sido bastante *para vivir*, como suele decirse, no podía serlo para hacer lo que se llama vulgarmente *cierto género de vida*; es decir, para ir de cuando en cuando al teatro Real, alguna noche á casa de la duquesa de ***; alguna otra á la reunión literaria de los SS. de X., y algunas más al gran baile de éste, á la boda del otro y á la comida semanal del de más allá.

Y sin embargo, lo era.

Aurora (la mujer se llamaba Aurora), tenía dos ó tres vestidos, que transformaba maravillosamente según lo exigían las circunstancias. Ya le ponía lazos negros al vestido blanco, ya adornos blancos al vestido negro; ya convertía en cuerpo lo que había sido otra cosa; en una palabra, Aurora era *manosa*, como dicen ellas.

Y Andrés (que así se llamaba el marido) admi-

raba á su mujer, que á veces se pasaba todo el día preparando el traje de la noche; y ello es que el traje resultaba siempre de moda, y las amigas lo celebraban como tal y preguntaban quien lo había hecho.-- Aurora se permitía una mentirilla venial y aseguraba que se lo habían traído de París.

Andrés se consideraba feliz, por tres razones.

Primera, porque estaba enamorado de su mujer.

Segunda, porque siendo ella como era, podían ir juntos al *mundo*, y á Andrés le gustaba el *mundo*.

Tercera, porque era un hombre confiado.

La confianza en el matrimonio es una garantía de felicidad tan segura como la firma de Rostchild en un pagaré.

Creer siempre, creerlo todo, tener la seguridad de que todo cuanto dice la mujer propia es cierto, dicha completa es que nada puede turbar, porque la fé es ciega.

Aurora era bella, tenía siempre alrededor una docena de admiradores de su hermosura y de su talento; Andrés jugaba al tresillo lejos del salón, y se retiraba á su casa con su mujercita, sin ocurrirle preguntarle nunca:--¿Qué te han dicho?

Y hacía bien Andrés en ser así. Aurora *no había dado que hablar*, que es otra frase al uso. No se la conocían preferidos; brillaba, pero no daba fuego.

III.

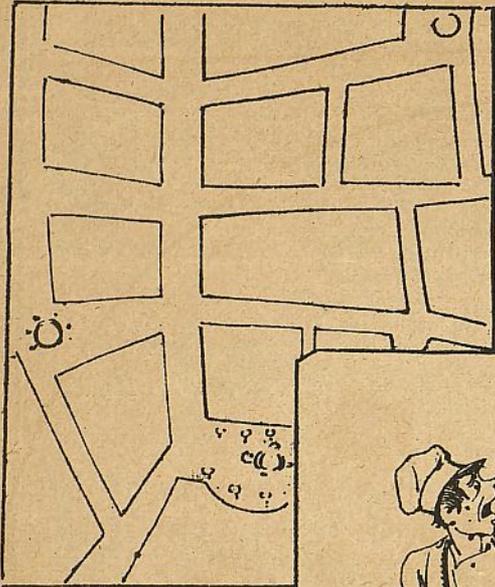
Un verano fueron á París. Andrés había acertado á la lotería 30.000 reales, y se proponía gastárselos en quince ó veinte días en la capital del mundo. Aurora podría ver aquel pueblo sin igual, y cuando volvieran y sus amigos les preguntaran donde habían estado, podrían responder:--Hemos estado en París.

Y esta es una gran contestación para un matrimonio que alterna con el *todo Madrid* de que hablan los revisteros.

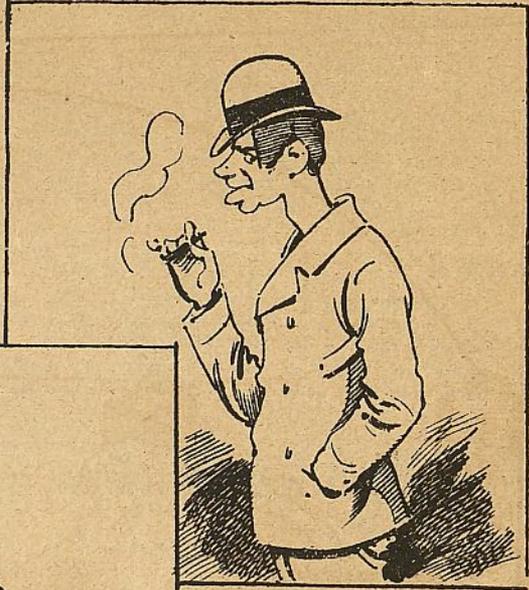
Fueron, pues, á París. Aurora lo admiró todo, lo celebró todo... y ¡cosa rara! en una población donde todo entra por los ojos, y en la cual las mujeres harían milagros por comprar cuanto ven, la esposa de Andrés no apeteció nada.

--No soy caprichosa, le dijo á su marido, ya sabes que me complazco en engañar al mundo, y de

GEOMETRIA PLANA, POR CILLA.



Un plano.



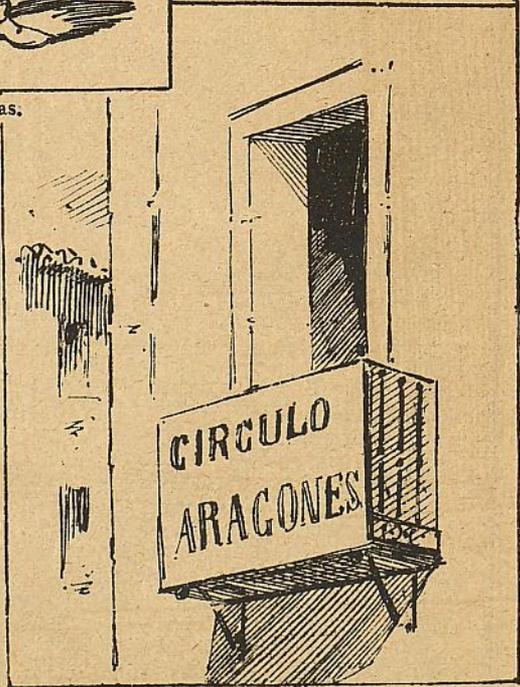
Un punto.



Trazando curvas.

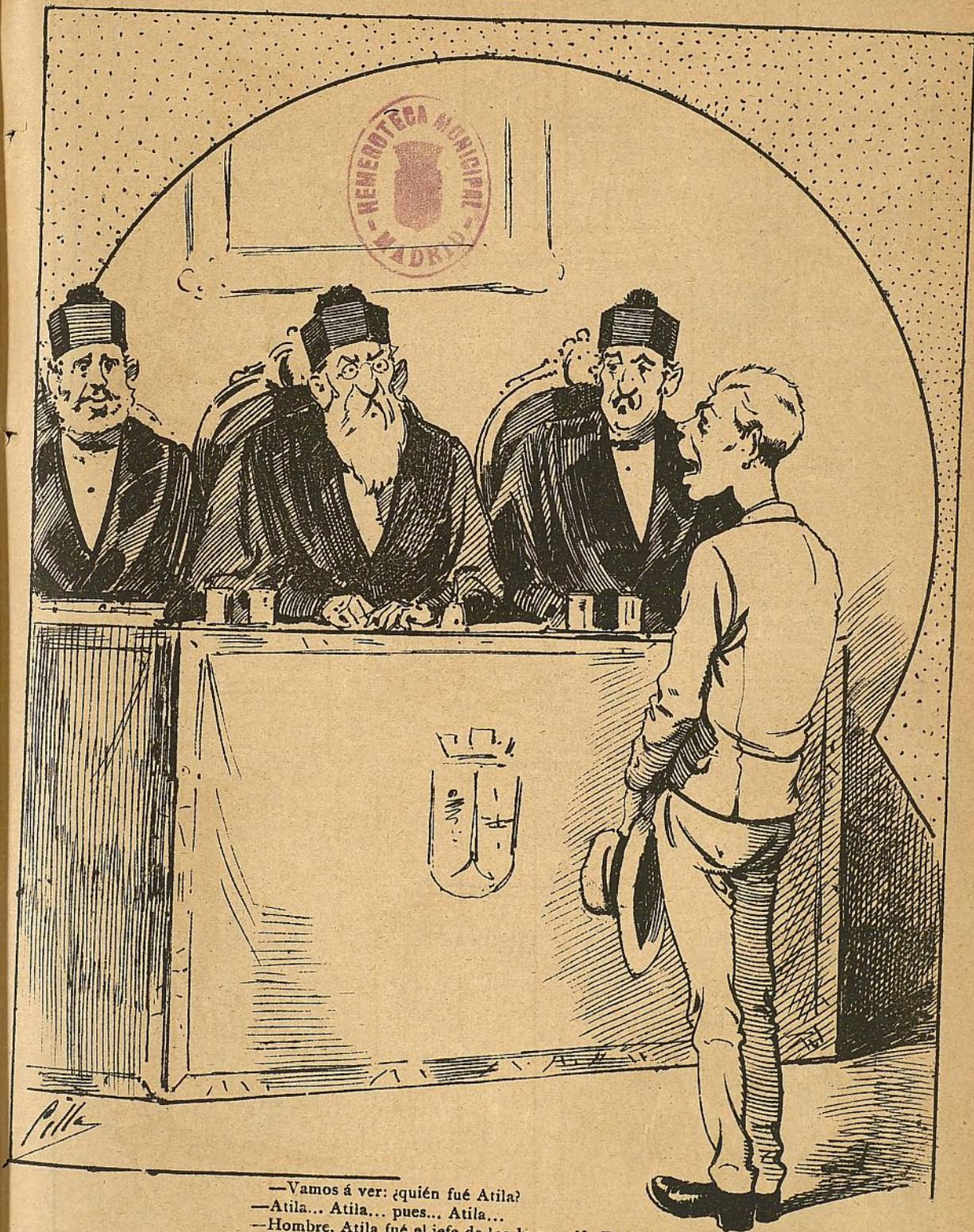


Horizontal.



Círculo.

EXAMEN DE HISTORIA, POR CILLA.
(HISTÓRICO.)



—Vamos á ver: ¿quién fué Atila?
—Atila... Atila... pues... Atila...
—Hombre, Atila fué el jefe de los hunos ¿Y Estilicón?
—Pues Estilicón... el jefe de los otros.

este modo podemos disimular nuestra modesta posición. Lo único que he comprado esta mañana mientras dormías, ha sido...

Y al decir esto sacó del bolsillo tres estuches que abrió delante de su marido.

Andrés no pudo contener un grito de asombro. ¡Eran brillantes! Un par de pendientes magníficos, un alfiler de pecho, un adorno para la cabeza...

¡Y todo aquello había costado *cuatro mil reales!* La plaza de Palais-Royal está llena de esas tiendas donde se vende el lujo falsificado. Napoleón III mandó una vez que en esos establecimientos se advirtiese por medio de carteles, al público, que los brillantes eran falsos, porque la imitación había llegado a un grado de perfección incomprensible.

Aurora se proponía presentarse en Madrid deslumbradora y lo consiguió, porque en el primer baile del invierno siguiente, con un vestido cuyo coste no excedía de 3.000 reales, y aquellas piedras falsas, Aurora produjo un efecto extraordinario.

IV.

Y... realmente, de estas mujeres hay pocas. Son todas gastosas por instinto, y en cierta clase social por necesidad. El mundo exige gastos inevitables, y aquel que no sepa *sortear* estos gastos se arruinará.

Así hablaba Aurora y tenía razón, y lo probaba.

Por ejemplo, una semana en que su marido echaba la cuenta de lo que habían de gastar, ella le dijo: El lunes al teatro Real; butacas gratis, porque tú se las puedes pedir al empresario ó al director de cualquier periódico.

El martes á la embajada. Yo iré con las de Lopez y me llevarán en coche. Tú vas á buscarme allá y ahorramos el gasto de un carruaje. Mi vestido negro con encajes blancos no lo recuerda nadie y lo he vuelto del revés.

El miércoles gran baile en casa del duque de ***. Me pondré mi vestido bueno, el *único*, descotado, y mis brillantes famosos y he de estar al nivel de la más rica.

El jueves....

Y así sucesivamente, Aurora iba calculando equi-

pos y gastos, y con efecto, resultaba una economía que nadie echaba de ver cuando se encontraba en un salón á este matrimonio dichoso, cuyas rentas nadie sabía: verdad es que nadie se las preguntaba.

V.

Quince años vivieron así. Faltóles para su felicidad fruto de bendición, pero en cambio fueron admiración del mundo y envidia de las gentes.

Una noche, al salir de un teatro, Aurora se acurró; no hizo caso, y se puso peor. A los dos días tuvo que hacer cama, y á los diez Andrés era viudo.

Su dolor fué inmenso; ¡una mujer adorada! ¡Una mujer jóven, hermosa, discreta, amantísima, económica y virtuosa!

Andrés sintió deseos de suicidarse, pero no llegó á tan triste caso, que tal vez hubiera sido el único en los anales del matrimonio.

La muerte de su mujer le sorprendió en uno de esos días que hay en la historia de todos los matrimonios felices. Sin dinero.

Tenia algo, pero no lo bastante para rendir á su adorada compañera el último tributo de cariño en toda regla.

La vanidad llega hasta los umbrales de la muerte. Todo Madrid había ido á preguntar por el estado de la enferma, y todo Madrid iba á asistir al entierro.

Andrés pidió dinero prestado y no se lo dieron, y acudió al recurso vulgar más en uso, porque es el más práctico.

—Toma, querido, le dijo á un amigo de la infancia que no le había abandonado un instante durante la enfermedad de Aurora; toma, lleva á la casa de préstamos de enfrente estas alhajas. Son falsas, pero falsas y todo, me dieron por ellas 3.000 reales el año pasado en cierto apuro que tuvimos. Corre, y tráeme algún dinero enseguida.

A la media hora estaba de vuelta el amigo, exclamando:

—¡Pero tú de dónde has sacado que tus alhajas no son buenas! ¡Brillantes magníficos son, y ahí tienes 9.000 duros que acaban de darme en el Monte de Piedad ahora mismo!

EUSEBIO BLASCO.

DUDA.

Dicen que el amor hasta,
pero los enamorados
no suelen cansarse pronto,
porque siempre esperan algo.
Una mirada, primero;
luego, quieren que los labios
de aquella mujer que adoran
se sonrían; después, hartos

de miradas y sonrisas,
quieren besos; luego abrazos;
hasta que tras esas cosas...
suelen caer en el lazo.
Ahora una duda me acurre,
pues yo siempre estoy dudando:
¿Qué harán aquellos amantes
que empiezan por el abrazo?

J. RODAO.

GENTE NUEVA

ALFONSO PEREZ NIEVA

No hay que asustarse: no me propongo hablar de *Gente nueva*, folleto literario de París (de París, el de Carabanchel) en cuyas páginas encontrará el lector cosas buenas y malas, en mayoría las últimas. Lo que sin duda no encontrará es *gente nueva*; es decir, lo que habría de justificar en alguna forma el título del folleto; porque en este se habla y se despotrican censuras y elogios de dos clases de ciudadanos: unos que por derecho propio, en el terreno literario, son gente, pero que, en cambio, son bien talladitos, como doña Rosario de Acuña, y Zahonero, y Nákens; y otros, que serán nuevos, bastante nuevos, eso sí, pero que distan mucho de ser gente, literariamente hablando, como un tal Altamira, y otro tal Degtau, y otros tales de igual renombre y de importancia idéntica.

Mi gente nueva es muy otra: gente que, en primer lugar (porque esto es de cajón) no pase de la edad de Cristo; gente que, en segundo lugar, haya escrito á lo menos cualquier libro, no siendo de coplas, y acerca del cual hayan leído ustedes siquiera alguna nota bibliográfica en *El Noticiero* ó en *La Monarquía*. Se exceptúan, queda dicho, los copleros de todas clases y de todas fechas. Por tanto, si Alcalde Valladares, viejo combatiente de los certámenes de ambos mundos, vende su alma al demonio (que no creo se la compre), y á semejanza del doctor alemán, obtiene su prehistórica juventud, no espere por eso figurar aquí, al menos mientras no escriba en vil prosa cualquier cosilla, siquiera sea para elogiar á D Práxedes ó defender el Centenario de Colón.

El que de verdad sea poeta, el que tenga inspiración y alma, ya se revelará en prosa, como Tolstoi y Daudet. ¿Como Emilio Castelar también? Eso pasa y se tiene por artículo de fé entre el vulgo sencillo. Para el farmacéutico de la esquina, para el estudiante de Veterinaria y hasta para algunos periodistas que casi tutean á Sagasta, no hay en Europa ningún poeta más eximio que Castelar. ¡Error, error grande! Si Grilo es poeta, os concedo entonces que lo sea también Don Emilio. Porque el uno y el otro, cuando se echan á *poetizar*, son dos para en uno, y dejan zaguero, en lo tocante á aburrir, al general Pando. En las rimas del uno y en los periodos del otro hallareis flores, ráfagas, cristalinias aguas, nubes, pájaros, arboles, sueños...; toda la bisuteña, en fin, de que echan mano los cursis para dar jaqueca al lector; pero ni un rasgo de sentimiento hondo, ni un grito de inspiración genial y espontánea, ni un movimiento del alma que no resulte artificio retórico ó comedia pura.

No me quita el sueño la cuestión—tan mantecada por los atenistas imberbes—de si la *forma poética* debe desaparecer de la literatura y aun de los martes de las de Gomez; ni me cabe en el imagin la separación que se quiere hacer, cuando se habla de la *poesía*, entre la forma y el fondo. Mas sea lo que fuere y suceda lo que suceda, yo me cruzo de brazos y tengo para mí que cuando el último autor de renglucillos desaparezca por la puerta del foro, siempre subsistirá la *poesía*, que habrá de manifestarse, como á veces ocurre ahora, en la novela, en el cuento, en la historia, hasta en la crítica literaria, ó artística. Gentes hay—y este cura entre ellas—que no siente frío ni calor con las poesías de Quintana, pero que, en cambio, sienten emoción estética muy profunda con un artículo de Catulo Mendes ó de Maupasant.

No es cosa del otro jueves lo que voy indicando. Cualquier retórico, y muy singularmente si es expansivo y de manga ancha, incluye entre los géneros de *poesía* la novela. Y hablando en estilo de oficinista, que es como hablar en estilo de cualquier español, puede decirse que la novela viene á ocupar la vacante de la epopeya antigua. Porque sin duda el poema heroico se ha ido, y no será fácil resucitarlo en una edad como esta, en que pasa por héroe Martínez Campos.

Lo he dicho ya con modestia recomendable: no me hago la ilusión de que por este descubrimiento me dediquen un Centenario, como á Colón. Al indicar esto de la epopeya, quiero decir que con el mismo derecho con que la damos por fenecida y le cantamos el gori gori, podemos también dar por muerto algún otro género secundario de la *poesía*: el género bucólico, por ejemplo. Mas como en el arte, lo mismo que en la naturaleza, no hay muerte sino cambio de forma, la *poesía* pastoril, á

la hora de ahora, resurge en la manifestación artística que se titula novela. Ahí están, sin ir más lejos, *Bucólica* y *La Madre Naturaleza*, para no dejarme mentir.

Prescindiendo de la dramática, que cada día marcha de mal en peor y que acaso habrá de *resolverse*, con las otras artes, en la música, para formar juntas el gran arte del porvenir que soñó el insigne Ricardo Wagner, nos queda la lírica, que es, sin género de duda, la forma de *poesía* más vividera, la que más nos encanta, la que nos demuestra que, en efecto, de poetas y de locos todos tenemos un poco. Esta y no otra es la *poesía* de la cual dijo Bécquer que no morirá: que existirá mientras exista una mujer hermosa; *poesía* que el malogrado Gustavo Adolfo, sin entretenerse en tiquis miquis de estética, veía únicamente en el amor; y por eso decía á una muchacha á quien miraba con embeleso: «La *poesía* eres tú.»

De esta *poesía* está saturada la novela de hoy. Así es, aunque parezca absurda la cosa; y parece absurda porque indudablemente el subjetivismo de donde la lírica arranca no se compadece con la regla naturalista de la impersonalidad en la novela. Pero ¿es que esa regla se sigue por el novelador contemporáneo? En apariencia sí, aunque no siempre; á despecho del novelista y por mucho que éste pretenda aislarse de los personajes que crea, el alma del autor se traspara en la obra; y esa alma es lírica, puramente lírica y con abolengo romántico, que por algo ha dicho Menéndez Pelayo, aunque afirmando muy en redondo, que el naturalismo no es una escuela, sino un romanticismo vergonzante con procedimientos efectistas.

Lo que yo deduzco de todo esto es que en vano se pretende condenar á proscripción á la *poesía*; no es posible sin ella obtener en el arte victoria alguna. Cualquier ciudadano puede ser poeta sin ser novelista; pero no puede ningún ciudadano ser novelista sin ser poeta. La nueva generación literaria atestigua de esto. Pléyades de muchachos, más ó menos precoces, andan por ahí publicando sendas novelas, deficientes en su mayor número, con algo bueno casi todas,

notables algunas. Son sus autores apreciables chicos que antes de ahora hacían versos; pero como los versos no hay quien los compre ni siquiera quien los publique, ni casi estoy por decir quien los lea, el *vapor lírico* de esos muchachos se desahoga en la novela, para la que suele haber un mercado, aunque sea preciso ir á buscarlo en Chile ó en el Ecuador. Algunos escriben, por encargo de Nákens, novelas infamando á los curas. Otros abastecen con narraciones pornográficas la Biblioteca *Demi-Monde*. Y unos pocos, tres ó cuatro de quien hablaré, toman por lo serio la cosa y se gastan su dimerito, si es necesario, en editar sus novelas, en las que ponen toda su alma y en las que fian sus anhelos de gloria.

Es de estos últimos Perez Nieva, de quien, como novelista, á juzgarle por *El alma dormida*, la mejor de sus obras, puede asegurarse que promete mucho. Ha comenzado muy temprano: es muy joven; no ha tenido tiempo todavía para adquirir ese conocimiento del corazón

humano sin el cual no es *hacedero* pintar la vida. Pero esto mismo hace más valioso su triunfo y le recomienda á la consideración de la crítica; porque lo que sale de su pluma, siempre correcta y castiza, más que de la observación de la realidad, es producto de esa intuición casi mágica que sólo los elegidos poseen.

Cuando le conocí, hace ya algunos años, me pareció, por lo juicioso, un seminarista. En realidad era y es lo que se llama un buen muchacho, laborioso, serio, aplicado y sin la menor tiza de bohemio. Me regaló un poema titulado *El valle de lágrimas*, y no lo leí, por no entristecerme. Publicó después un libro en prosa, que se titula *El año* (semblanzas de los meses); allí sí que se revelaba un poeta y un notable prosista. Busqué entonces *El valle* para leerlo, y ya no pude encontrarlo. Ahora no me hace falta un poema tan lacrimoso; porque habiendo leído *El año*, ya sé que Alfonso es poeta, y por muy mal que versificase, yo no le despojaría de aquel título.

Su error, su error grande es haberse metido de hoz y coz, sin una orientación firme y segura, en el campo de la novela. De ahí el caso, verdaderamente inaudito, de haber hecho imprimir, con breve intervalo de tiempo entre una y otra, dos novelas de muy distinta filiación: *Esperanza* y *Caridad* titula-



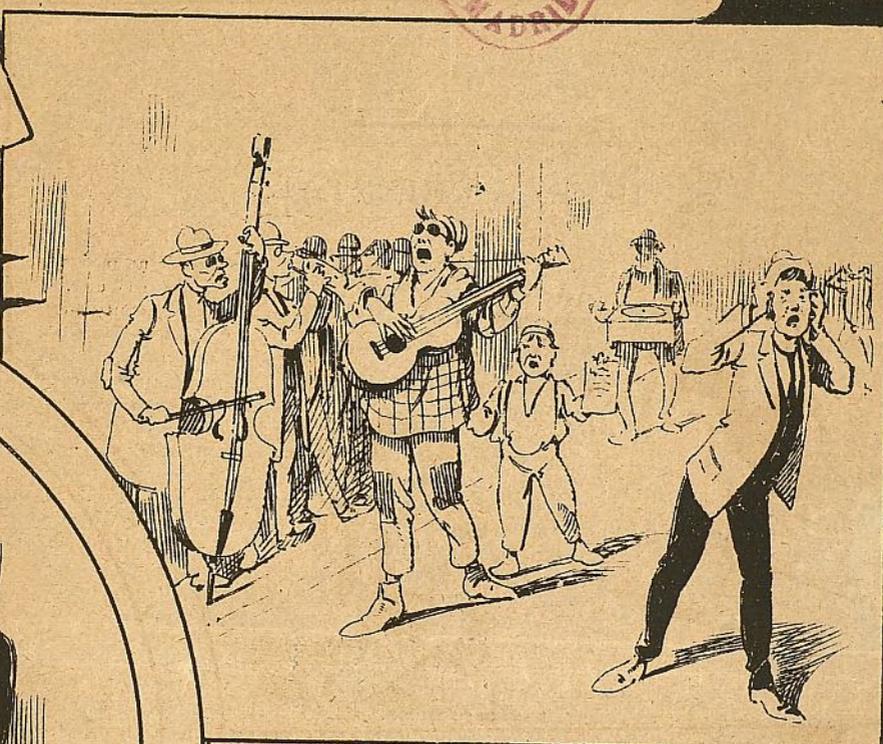
LAS CALLES DE BARCELONA, POR ESCALER



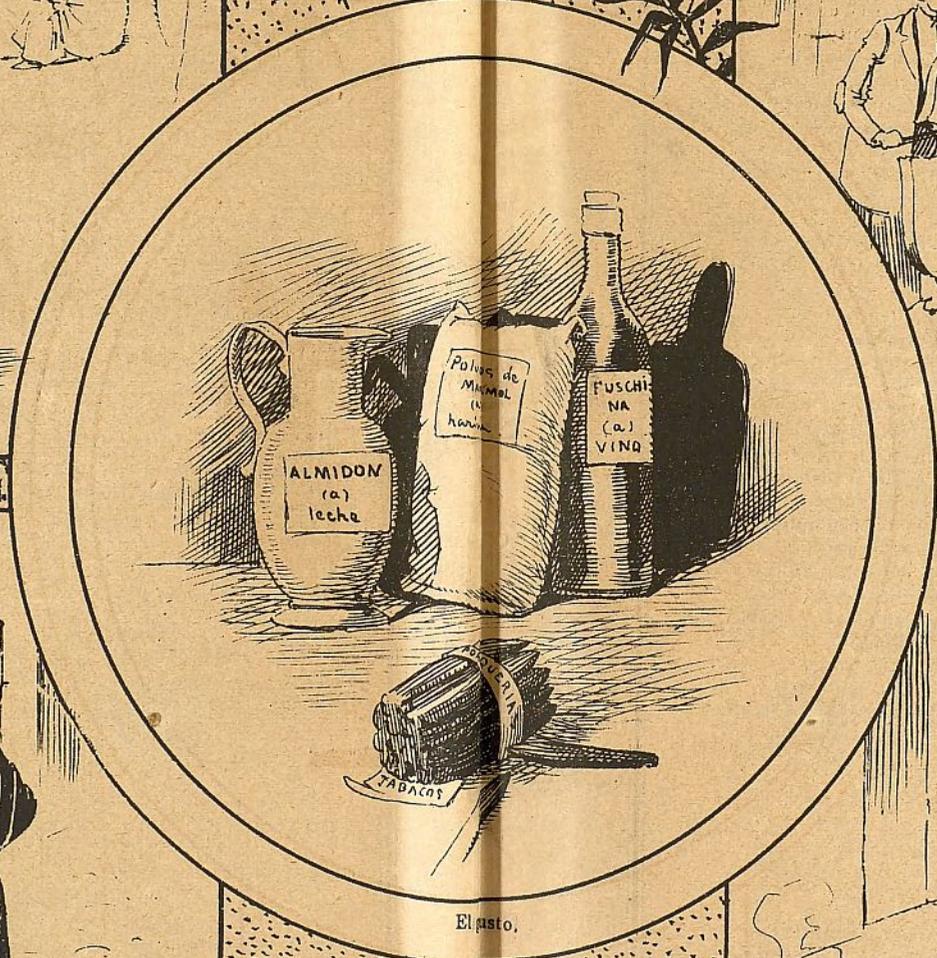
B. L. M.
A los lectores de La Semana Cómica,
que tiene el gusto de mostrarles cómo se
describen los artículos en las calles
de Barcelona, su año. s. s.
Escaler



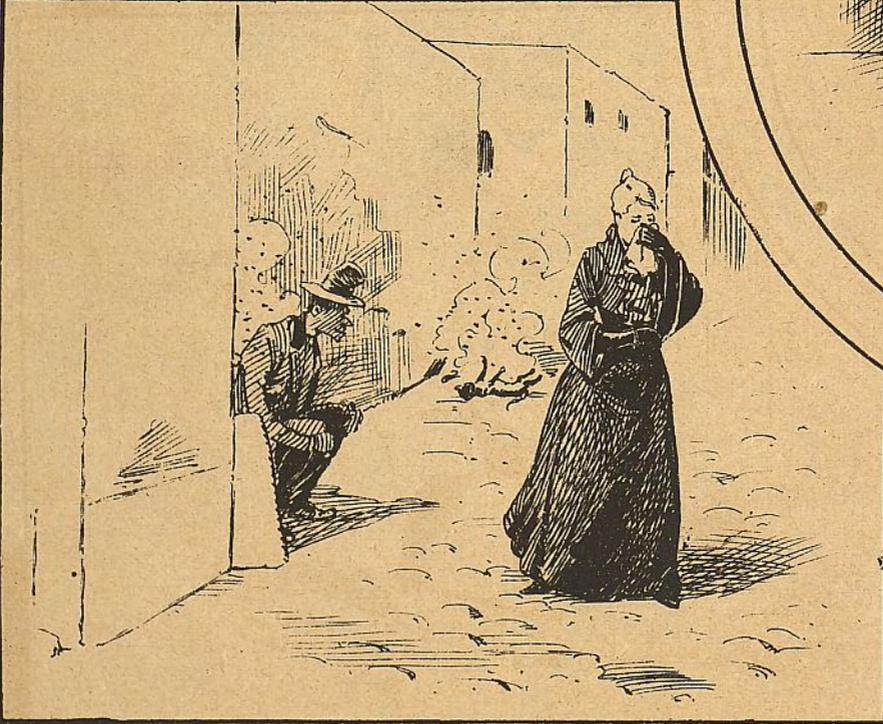
Cómo se recrea la vista.



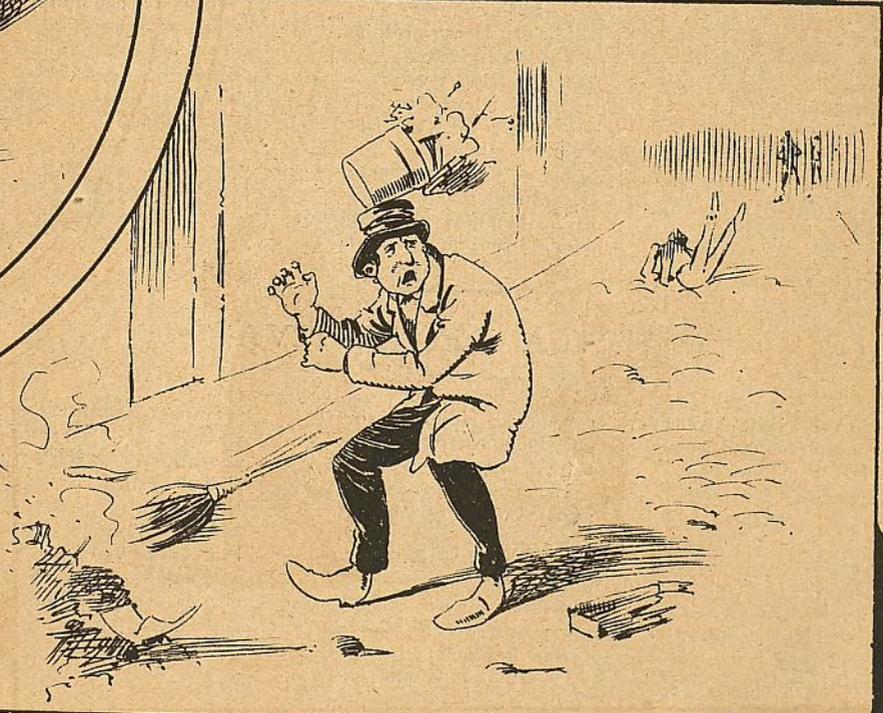
El oído.



El gusto.



El olfato.



El tacto.

da la primera, y *El alma dormida* la segunda; romántica aquella, realista ésta; proyectándose en la una, quizá á despecho del autor, la sombra patibularia de Perez Escrich; viéndose en la otra desde el primer capítulo, que es una descripción admirable, la inspiración y la gracia de Perez Galdós. Este, este último es su camino. El aplauso unánime y caluroso con

que acogimos *Historias callejeras* (novelas cortas) ¿no se lo anuncia así? Aquellos cuadritos de género son un primor; después de Galdós, á quien Nieva sigue, solo éste, el predilecto discípulo, podía sacar de tan difícil labor literaria la prez del triunfo.

Que por muchos años la disfrute, amen.

ANTONIO CORTÓN.

JUERGA ORIENTAL

En los tiempos decadentes del Califato de Córdoba, cuando Azarques y Gazules, y Muzas y Abenzulomas, y Almanzores y Aliatares, y Abenhumeyas y Azorcas, en brazos de la molición descuidados se abandonan, trocando las duras lanzas y las pesadas manoplas por tunicelas de corte y cintas, plumas y joyas, Adalita la Rondeña, la hermosa de las hermosas, la tentación de los moros y la envidia de las moras, abrió su ideal palacio, que por su riqueza asombra, é invitó á sus conocidas á una zambra suntuosa.

Ninguna faltó; y Zulema, Fátima, Zara y Lindora y Lindaraja, la esquivada, y Moraina, la celosa, y Celinda, la risueña, y Zaida, la melancólica, cruzaron por las estancias de Adalifa la de Ronda, pagando espléndidamente con sonrisas las lisonjas.

La anfitrión tenía fama de moralidad dudosa, pero era rica, elegante, y en esplendideces pródiga

y acudía á su morada lo más selecto de Córdoba; que el impudor se disculpa y los vicios se perdonan cuando habitan un palacio que es el templo de la moda, y el que invitado se mira, con la invitación se honra.

(Esto sucedía entonces; ¡lo mismo sucede ahora!)

Entre el compás cadencioso de la danza voluptuosa, y al arruyo de las kásidas y la dulce guzla mora, de la noche transcurrían rápidamente las horas, hasta que se abrió una puerta y en esencia embriagadora, en la que aureos ¡ebeteros despedían suave aroma, se vió dispuesta una mesa fiel trasunto de la gloria.

Unas damas se turbaron y cuchichearon otras, porque el Alcorán prohibía, bajo penas rigurosas, tomar manjares y vinos tal día y á tales horas.

Pero se enteró Adalifa y dijo provocadora:

—¡Me río de los escrúpulos de vuestra fé religiosa!

En los hombres, los comprendo, porque alcanzando la gloria,

gozarán de un paraíso y de hurtes seductoras, de formas esculturales y de cabelleras blondas, que les brindarán licores en diamantinas copas.

Pero ¿y nosotras? ¡Aláh se ha olvidado de nosotras! ó el Korán no ha comprendido que las huries nos sobran, porque pan con pan, se dice que es comida para tontas.

Se acojieron sus palabras con carcajadas ruidosas; se sentaron á la mesa al punto todos... y todas y dió comienzo el banquete más grande de que hay memoria.

Y entre tapices de Persia y damasquinas alfombras, artísticos azulejos, flores, maderas preciosas, cojines y surtidores y relucientes panoplias; excitados sus sentidos por los punzantes aromas y alumbrados debilmente por las lámparas de azófar, se entusiasmaron de veras lo mismo moros que moras... y cojieron una *pítima* ¡que hablaba de tú á Mahoma!

JOSÉ BORRÁS.

FISICA RECREATIVA.

Cuando ayer, bella Ascensión, me hablabas desde el balcón, ¡cuán ajena te encontrabas de que á mis ojos mostrabas un raudal de inspiración!

¡Qué de encantos atesoras!... ¡Qué formas más seductoras... y qué ligas más bonitas! Sobre todo las liguitas son, chica, enloquecedoras.

Bien sabes que ayer hacia un hermosísimo día,

con un sol esplendoroso; ¡ves bien, este sol hermoso te delató, hermosa mía.

Encomiendo la pasión germen de tu corazón, pusiste un pié, por mi mal, en el hierro horizontal inferior de tu balcón. Del sol puro y sin mancilla los rayos oblicuamente herían, linda chiquilla, de tu zapato la hebilla,

penetrando interiormente, y aunque me toque sufrir y escasa vista preteste, pude, Ascensión, distinguir que te pusiste al vestir las medias de azul celeste. Por el rayo *reflejado* te ví una liga metálica que me dejó... ensimismado, y que puso en mal estado toda mi masa *encefálica*.

Si estudias bien á conciencia

con la física delante
qué es *ángulo de incidencia*,
y prosígues con paciencia,
qué es *materia reflectante*
de seguro encontrarás,
y de ello deducirás,
hermosísima Ascensión,

que existe un ángulo más
llamado de *reflexión*;
ángulo que combinado
con el del rayo *incidente*,
te dará por resultado...
pues... que queda demostrado
que pude ver claramente,

con bastante detención,
tu escultural perfección,
poniendo el pié por mí mal
en el hierro horizontal
é inferior de tu balcón.

FELICIANO PEREZ EGIDO.

LA PLANTA TIGRE

(Continuación.)

—¡Paula!

—No se fije Vd. en el sentido de mis frases. Ningún pensamiento culpable puede ni debe ocuparnos. Estamos unidos por la misma debilidad de nuestra voluntad, y hechos para marchar uno al lado del otro, sirviéndonos de mútuo apoyo. Por eso le he llamado como á mi propia mitad, porque en mi desaliento, necesito un apoyo para sostener el equilibrio...

—Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Acaso Federico..?

—Federico es bueno. Federico me ama. Federico es el primero entre los esposos y los padres...

—Entonces —dije con algun despecho— no comprendo...

Ella me echó en cara con un gesto aquella injusta irritación, y su voz, que resonaba como la campana de una aldea situada en la llanura, continuó:

—No me interrumpa Vd. se lo ruego. Una palabra se lo explicará todo. ¡Tengo miedo... miedo de todo, y de él en primer término...! ¿Por qué? ¡Ah, si yo pudiera decirlo, si siquiera lo adivinara...! Pero por lo mismo que es inexplicable, es más terrible este miedo que me invade cada día, y más aun cada noche...

Yo me eché á reir.

—¡Terror! ¡Espanto! Palabras...

—Las palabras que resuenan en nuestro cerebro sin que la razón comprenda su sentido, tienen ecos fúnebres. ¿Por qué sonríe Vd? ¿Acaso ignora que el misterio es más fuerte que la razón, y que sale de lo desconocido en las angustias fatales?

A mi pesar, y, aun cuando—por vanidad—hubiese querido, conservar una apariencia de escepticismo, me sentía sumamente ansioso.

Y bajando la voz, la interrogué con más dulzura, inquieto por las palabras que iban á dar cuerpo á aquel miedo inconsciente.

IV.

Hé aquí lo que me contó:

Hacia seis meses, es decir, desde el nacimiento de su hijo, que Federico, que hasta entonces había llevado alta la frente, como atleta que presiente la victoria, se había vuelto hurafío de repente. ¿Perseguía la solución de algun problema? ¿Qué lucha se había atrevido á emprender? Se callaba, taciturno, y á las preguntas de su esposa no respondía más que con miradas azoradas, como si quisiera suplicarle que no despertara en él algun recuerdo doloroso.

Durante días y noches permanecía encerrado en

un alto invernadero, construido, á fuerza de gastos, en el fondo del parque.

Algunas veces pasaba semanas enteras sin ir al castillo. O bien se deslizaba por la noche en el cuarto de su esposa.

Ella lo habia espiado mientras él la creía dormida. Lo habia visto sobre una silla, fija la mirada, fascinado por alguna horrible visión.

Se dibujaba sobre su fisonomía contraída la expresión de un horror indecible. Tiritaba todo su sér, y sus manos, agitadas por movimientos convulsivos, parecían rechazar algún enemigo invisible. Despues—¡oh, ella le habia estudiado cuidadosamente en esos instantes!—adquiría un ademán de resolución dominadora, triunfante. Y levantándose bruscamente, huía... Paula se habia dirigido á la ventana, y le habia visto correr hácia el invernadero, cuyas luces, nunca apagadas, brillaban como un faro.

Franca y atrevidamente le habia interrogado: ¿Qué pasaba allá abajo en el aislado ángulo del parque? ¿Por qué rehusaba obstinadamente la entrada á todos en el invernadero?

Y con el mismo estremecimiento, la habia rechazado duramente.

Entonces, ella habia intentado con astucia saber la verdad. Y habia sabido una cosa rara. Federico enviaba diariamente al mayordomo por varias libras de carne fresca y se las llevaba por la noche al invernadero.

Nunca se habia encontrado por aquellos alrededores el menor sobrante ó dectritus.

¿A quién alimentaba, pues? ¿Acaso á algun animal peligroso, desconocido, á quien queria dar por sí mismo el cotidiano alimento? ¿Alguna criatura con la cual se habia resignado á vivir aislado, persiguiendo algun fin científico? ¿Y el por qué de aquellas luchas nocturnas?

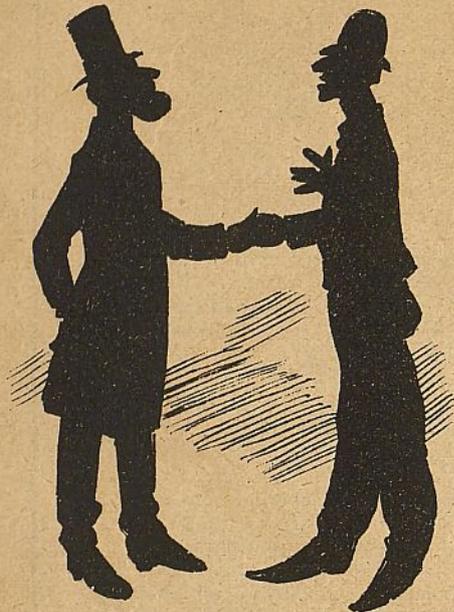
¿Se estaria volviendo loco?

Este pensamiento habia herido como una espada de hielo el atribulado corazón de Paula.

No se habia atrevido á dirigir más preguntas á su esposo, aunque lo veía dominado completamente por la más cruel angustia. Ya él no venía, como antes, á descansar á su lado, en la intimidad de sus amenos diálogos, de sus enervantes trabajos. Algunas veces lo veía dar vueltas por el bosque amenazando al cielo con los puños.

Al fin—y esto era ya demasiado—una noche, cuando ella dormía, habia venido á su cuarto, sin hacer apenas ruido. Ella habia sentido los pasos y abierto bruscamente los ojos. Federico, de pié, lanzaba miradas de loco sobre la cuna del niño, y sus manos se estremecían con espasmos de súplica.

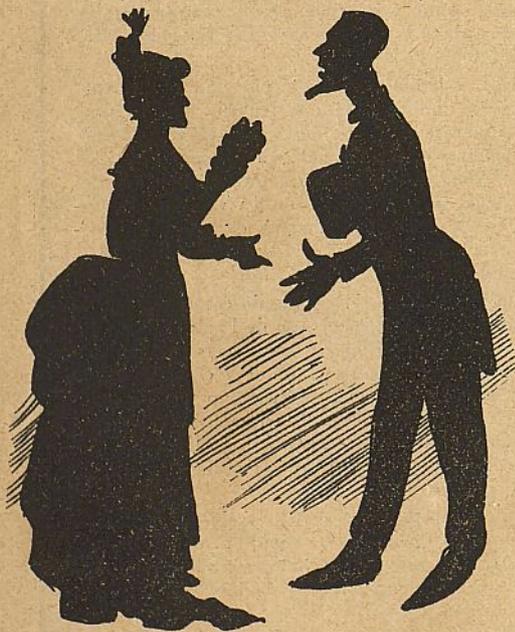
COSAS Y CASOS, POR MECACHIS.



— Tu con gabán, caro Pisa,
— Pues con gabán, si señor.
— ¡Pero no tienes calor?
— ¡Lo que no tengo es camisa!



«El banquete con que fué obsequiado el
lunes el Sr. Muñoz Lucena, autor del cuadro
Las lavanderas.»
¡Dios mío, cómo me abren el apetito es-
tos pintores!



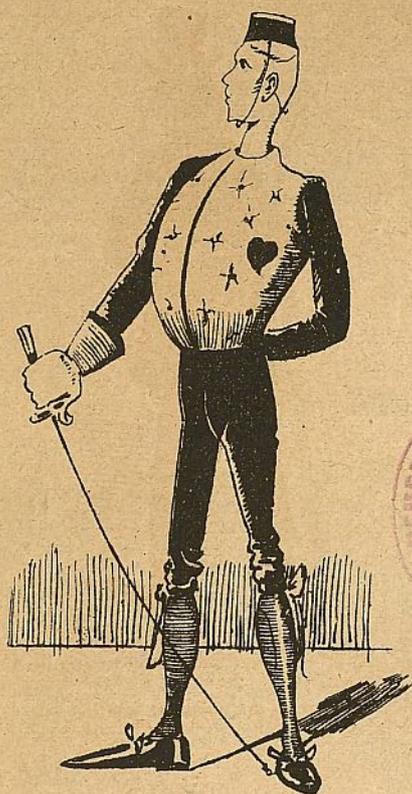
— Marquesa, si la pasión... si mi pasión... si la...
si mi... si la...
— Pero, Dios mío, conde ¿es eso una declaración
ó una lección de solfeo?



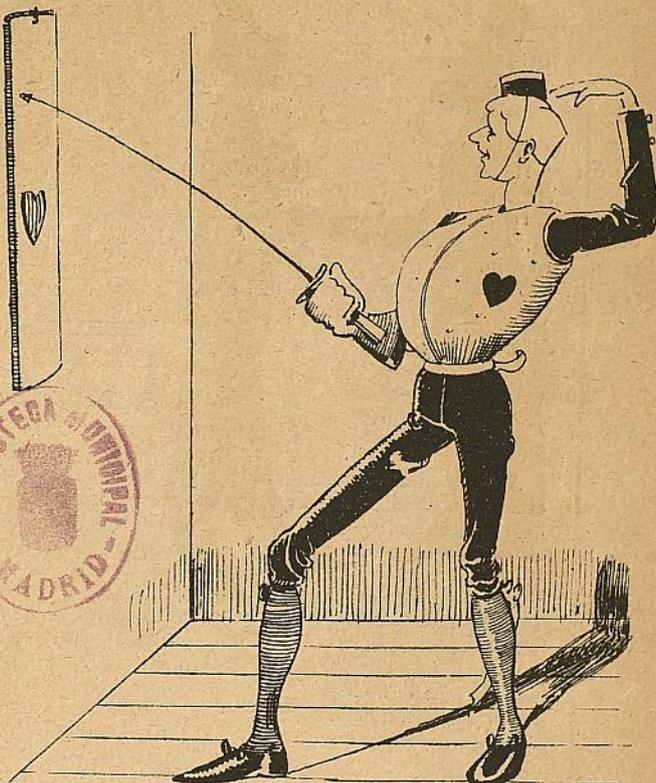
— Oiga Vd., buena moza: ¿se quiere Vd., venir
conmigo?
— ¿Dónde?
— Por ahí, por donde Dios quiera.
— ¡Ay, hijo, si Dios no puede querer esas co-
sas.....!

Mecachis

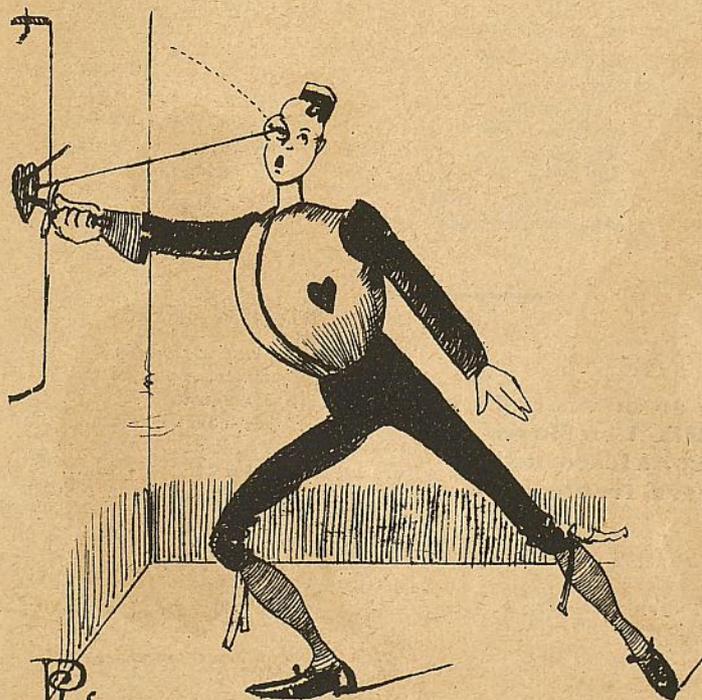
LECCION DE ESGRIMA, POR LAGO.



Preparen.



En guardia.



A fondo.



¡Buena!


LAGO

—¡Federico, Federico! ¿Qué estás haciendo?—le había dicho.

¡Y él había lanzado una brutal imprecación, y había huido una vez más...!

V.

Hé aquí lo que Paula me contó. A medida que ella hablaba me sentía reanimar.

Después de todo ¿qué era eso? Un estado morboso, una sobreexcitación causada por el exceso de trabajo.

Yo había sido en otro tiempo amigo y discípulo

de Federico, y á menudo lo había escuchado, cuando con un empuje cuya audacia me admiraba, se sumergía en la Hipótesis. ¿No era yo, por ventura, un médico, y no sabía mirar frente á frente al enemigo, á la Fiebre?

Así la tranquilicé en lo posible.

Y, apoyado en mi elocuencia y en la razón de mi derecho, eché á andar por el parque en busca de Federico.

JULIO LERMINA.

(Se concluirá.)

LA HERENCIA.

Al marchar al otro mundo el marqués de los Florones, deja catorce millones á su hijo Segismundo.

Con esa herencia aseguras ¡oh, Segismundo dichoso! un presente venturoso, un porvenir de dulzuras.

La fortuna colosal que tu padre te ha legado te autoriza á ser malvado, estúpido y animal.

El trabajo... ¡tontería! el estudio... ¡qué bobada! Tú no te ocupes de nada. ¡Viva la holgazanería!

Hermosísimas mujeres, mujeres encantadoras te brindan á todas horas ardentísimos placeres.

Para calmar tu apetito, siempre en la mesa has de hallar el más sabroso manjar y el vino más exquisito.

Y te ofrecen distracción el teatro y el paseo, el círculo de recreo

y la brillante reunión.

Por mañana, tarde y noche, puedes muy bien pasearte sin peligro de cansarte...

¿Para qué quieres el coche?

Obtendrás las amistades de seres encanallados, que aplaudirán extasiados todas tus barbaridades.

Si alguna joven honrada tu impuro afén despertase y á ser tuya se negase, prepárale una emboscada.

Y allí, con la avilantez propia de tus sentimientos, búrlate de sus lamentos y atropella su honradez.

Y luego olvidala; y luego busca otras victimas bellas, para que ¡pagues con ellas de tus pasiones el fuego.

Sé atrevido, temerario; que jamás tiemble tu pecho...

¡El Código no se ha hecho para el hombre millonario!

Para robar y matar tienes autorización;

si se presenta ocasión la debes aprovechar.

Goza, en fin, constantemente, y haz todo el daño que puedas, porque para eso heredas una fortuna decente.

¿Pero á mí quien me mandó?...

¡Por vida de Belcebú!...

¡No necesitabas tú que te aconsejase yo!

¿No eres joven, elegante, marqués, holgazán y rico? ¡Pues, pedazo de borrico, ya hemos hablado bastante!

Ya sabes la obligación del que hereda un capital: del lecho á la bacanal, del paseo á la reunión, de la visita al café, del lupunar al garito, de casa al templo bendito, del teatro á la *soirée*...

¡Ah! ¡Por esa ley de herencia—ley absurda é inmoral—se considera legal esta clase de existencia!

TOMÁS CAMACHO.

CHIRIGOTAS.

Único encargado de la venta de LA SEMANA COMICA en Barcelona: D. Juan Tasso, kiosco de la Rambla de las Flores, frente a la calle del Hospital.

✱

No, hermana *Barcelona Alegre*. LA SEMANA COMICA (ó la académica SEMANA, como Vd. la llama) no la llevará á Vd. *delante el juez de paz*. Y no la llevará por varias razones.

Primera, porque los *jueces de paz* hoy no existen; segunda, porque, aún cuando existieran, lo que haría, en todo caso, LA SEMANA, sería llevarla á usted, no *delante el juez*, como V. escribe, sino *ante él*, como escribimos los que degollamos menos que usted el castellano.—La tercera razón... la tercera razón consiste en que nosotros no sentimos hácia el colega ni *jindama*, ni rencor alguno. No hacemos si no desearle muchos y muy prósperos años de vida... y muchos y muy frecuentes repasos á la Gramática Castellana.

¡Que nada le ha hecho á Vd., la pobrecilla!

Lo que no pasa es aquello de que yo acusé á Go-

Uetazo y probé el fundamento de la acusación; conste de faltas que cometo yo todos los días.

¿De cuándo acá, colega? ¿De cuándo acá he dicho yo que «el coro, que no sabían su obligación, tuvieron»... ni que el Zurdito fué ó no fué virtuosa? ¿Cuándo he obligado al vocablo mujeres á ser asonante de ella?

Vamos á ver: diga Vd. ¿cuándo?

✱

Dándonos cuenta *El Noticiero* de un baile celebrado el otro día en la Plaza de la Cebada en Madrid, dice entre otras cosas: «La concurrencia fué numerosísima, predominando en las mujeres los pañuelos de Manila y hermosas arracadas de brillantes.»

Bueno, pero, ¿de brillantes... qué?

Porque si ese párrafo no está incompleto, vá á resultar que esos brillantes, (brillantes, cristales ó lo que fueran) eran sólo brillantes verdaderos.

Y la verdad: no nos atrevemos á creerlo.

Porque... ó esas mujeres no eran Condesas y Duquesas disfrazadas, ó...

¡O ya lo habria dicho Monte--Cristo!

✱

—¿Qué tal vá el *Peral*? —¡Pche! mal; es pronto, pero ya empieza.

—¿Cómo pronto? —¡Hombre! pues ¿qué quiere V? ¿que dé ya peras?

—¡Pero de qué peral habla?...

—Del mio, del de mi huerta...

—¡Y yo hablo del *Submarino*!

Deel de Cadiz. ¿No se acuerda?...

—¡Vamos! yo crei... pues si:

ya están haciendo las pruebas.

✱

Valero, el eminente actor español, ha remitido á un periódico (á uno, que nosotros sepamos) una atenta carta, en la que hace público su agradecimiento al Doctor Xifra por el acierto y la perfección con que ha construido para él una dentadura artificial.

Y apropósito de Valero y de la carta, oímos decir la otra noche en el café.

—Está bien escrita ¿verdad? Se expresa bien...

—¡Toma! ya puede ¡con una dentadura nueva!...

✱

—Si yo esta recta prolongo y en este círculo, pongo el punto de intersección....

—¡Anunciará usted el jabón de los *Príncipes del Congo*!

✱

—Oye: ¿qué es eso de *La Cruz Blanca*?

—Pues mira: debe ser una cosa así como la Cruz Roja... solo que blanca.

—¿Y *España*? ¿qué tal es?

—¿España?... Una nación perdida: una cosa sin piés y sin cabeza.

—¿Y *La Virgen del Mar*? ¿Es bonita?

—Pues yo no sé; pero todas las vírgenes son bonitas.

—¡De veras!... ¿Y á qué teatro acostumbras á ir por las noches?

—Al mismo que tú.

✱

Madrid se divierte. *Día tantos*. Festejos de hoy: baile en la plaza de Tal; cuadros

disolventes en tal calle;

iluminación; paseos

y fuegos artificiales.

Al día siguiente ¡vuelta

otra vez, y vuelta y dale!...

Yo tengo que ir á Madrid

á asuntos particulares

y ya le he escrito á un amigo,

diciéndole que me mande

un telegrama enseguida

que haya otras fiestas iguales;

y así, en cuantico me avise...

¡ya sé que suspendo el viaje!

✱

Agradecemos muchísimo al Real Club de Regatas la invitación con que nos honró, para asistir el lunes á las regatas internacionales que se celebraron en el puerto.

Tratándose de tan distinguida sociedad, inútil es decir que la pista estuvo brillantísima, que se pasó el rato muy agradablemente y que asistió á ella lo mejorcito de la buena sociedad barcelonesa.

Nuestra felicitación al Club... ¡y hasta otra!



Una enfermedad, no grave, pero si bastante molesta, que aqueja á nuestro director, la impide contestar hoy á las cartas recibidas durante la presente semana. En el número próximo quedarán contestadas todas.

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, pasaje,

VENGANZA HORRIBLE, POR ROJAS.



—Le espeto mi declaración y como me diga que no, saco el trombón y le toco el aria del *Trovador*. Seré cruel, pero se la toco.

ANUNCIOS

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.

Colaboran en él los mejores literatos y los más celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera.		2'50 "

Números atrasados doble precio

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si el pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCION Y ADMIMISTRACION

Vertrallans, 3, 1.º — Barcelona.

DESPACHO: TODOS LOS DIAS LABORABLES
DE 2 Á 4 TARDE

UNICO ENCARGADO

DE LA VENTA Y EXPENDICION DE

LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

RECOMENDAMOS

A NUESTROS LECTORES LA ACREDITADA Y FORMAL

AGENCIA ALMODOVAR

Embajadores, 10

MADRID

que se ocupa en la gestión de todos los asuntos jurídicos, administrativos y comerciales que se le encarguen.

NICOLAS MIRALLES

LITÓGRAFO

UNION, 17.—BARCELONA

IMPRENTA MILITAR Y COMERCIAL

DE

CALZADA È HIJO

Arco del Teatro, 9, pasaje
BARCELONA